

LA REVISTA ORIENTAL

PUBLICACION DE CIENCIAS, ARTES Y LETRAS

REDACTORES: PEDRO XIMENEZ POZZOLO, EDUARDO D. FORTEZA, FERNANDO RIOS, DIEGO CAPELLA Y PONS, EMILIO GOLDARACENA, JOSÉ A. DE FREITAS (HIJO) Y JUAN CARLOS CARVALHO.

ADMINISTRACION

Calle del Uruguay núm. 411

AÑO I — NÚM. IV

SUSCRICION ADELANTADA

Cuatro números \$ 0.50

LA REVISTA ORIENTAL

MONTEVIDEO, JULIO 30 DE 1885

SUMARIO — Viaje á Selene, por Epaminondas — Ilusion encantadora, (á H. V.), poesía por Ormesinda — Palmas y Ombúes, por Pedro Ximenez Pozzolo — Nuestras vidas, poesía por Miguel F. Rodriguez — Horas de delirio, (conclusion), por J. A. F. — La más dulce armonía, poesía por Pedro Ximenez Pozzolo — Luz, poesía por Manrique — Germinal, (continuacion), por E. Goldaracena.

Viaje á Selene

Desde que tuve uso de razon, sentí una fascinacion inmensa por todo lo que se referia al cielo: me sentí atacado de siderismo.

¡Cuántas noches quedé sumido en éxtasis profundo contemplando el cielo y todos sus astros, concentrando particularmente mis escrutadoras miradas en Selene, la Isis de los egipcios y la madre de los Incas, sintiendo subyugado mi espíritu por un pesar indefinible, al recordar el celeberrimo cuanto originalísimo viaje á la Luna descrito con suma habilidad y basado en principios científicos exactos, por la fantasia creadora del eximio pensador Julio Verne, que habia leído con espasmos de admiracion exaltada siendo muy niño, creyendo muy verosímiles todas las peripecias en él relatadas y sintiendo despertarse en mi alma la monomanía pueril de visitarla, de conocerla palmo á palmo y hacerla conocer á la vez al mundo, con sus instituciones, sus costumbres y todas sus curiosidades.

Entre todos los astros fué objeto de mi predileccion Selene, porque en mis alucinaciones infantiles, cuando mi inteligencia no habia sido aun cultivada por el estudio,

la habia cobrado una simpatía sin limites, considerándola la diosa de los cielos, encontrando en su rostro fresco y bonachon, algo de una virgen púdica y risueña, algo de una soberana que se pasea con orgullo por sus vastos dominios.

Así fué creciendo por grados mi cariño apacible hácia ella, hasta que más tarde, lo hizo subir al grado 100, á la temperatura de ebullicion, de efervescencia y de delirio, la lectura del precitado viaje fantaseado por Julio Verne y de los cantos inspirados y sublimes que le elevaban los más excelsos poetas en alas del romanticismo más exagerado, haciéndola fiel confidenta de sus cuitas y placeres, y los motes llenos de originalidad con que estos últimos la habian bautizado, llamándola Píndaro el cjo de la noche, Horacio la Reina del silencio, y otros bonitos calificativos que seria cansado enumerar.—Al leer los cantos de los vates románticos á Selene, pensé muchas veces, que tal vez los vates selenitas en sus raptos de inspiracion, habrian dedicado á nuestro planeta tiernísimos sáficos.

Poder ver á Selene y tocarla, poder recorrer sus valles que yo me los forjaba paradisiacos, poder trepar á las más altas cumbres de sus montañas de plata, poder conversar cara á cara con un Selenita, era el desideratum de mis ambiciones, que nunca consideré utópicas sino por el contrario muy realizables.

¿Qué tipo tendrán los selenitas? — ¿Serán de constitucion fisica análoga á la nuestra? — ¿Serán gigantes ó pigmeos? — ¿Vivirán en sociedad ó serán salvajes? — Si viven en sociedad, si son civilizados, ¿qué forma de gobierno tendrán, qué religion, cuáles serán sus costumbres? — Si por el contrario son salvajes — ¿serán antropófagos ó tendrán aversion á la carne humana, serán omnívoros como la especie humana, esencialmente ictiófagos como los

esquimales, ó frugívoros como los cuadrumanos? — ¿Tendrán una flora y una fauna semejantes á la nuestra, ó carecerán por completo de ella? — ¿Cuáles serán los componentes químicos de su suelo?

Este era mi estribillo eterno, este era el monólogo perenne en que vivía abismado.

Yo creía que todo lo concerniente á Selene sería el non plus ultra de lo maravilloso.

Muchos y muchos años pasé así, soñando con Selene y forjando mil proyectos de ascension, que tan pronto aprobaba con entusiasmo como desechara con ira; convertido en un ser indiferente, en un autómeta para todo aquello que no tuviese relación con ella, el mundo y la sociedad me fastidiaban, llegué á cobrar odio implacable á mis semejantes, considerando á la humanidad como una gran manada de hambrientos lobos, que luchan desesperadamente por devorarse unos á otros.

Solo eran hombres para mí, los astrónomos, y entre ellos, eran objeto de mi adoración que rayaba en fanatismo, los selenógrafos, cuyas obras interesantísimas leía con indecible avidez y las coleccionaba en una Biblioteca riquísima, que guardaba con el mismo afán y sordidez con que un avaro guarda su tesoro.

¿Moriría sin satisfacer mi más ardiente aspiración?—¿Moriría sin ver á Selene?—Esta idea torturaba cruelmente mi espíritu y prematuramente me hacia encanecer.

¿Lograria llegar hasta ella dentro de un proyectil vomitado por la boca de un cañon monstruo, en un aerostato, animado de una fuerza ascensional inmensa ó fabricándome alas gigantescas movidas á vapor ó por la electricidad?

En balde me devanaba los sesos y me abismaba en profundas reflexiones, en vano quemaba el fósforo de mi cerebro por hallar la solución de tan intrincado problema; no llegué á encontrar ningun medio más expeditivo que estos tres, que me parecían sumamente difíciles, algo más que difíciles, casi imposibles...

Más no por ésto desmayé, tenia un presentimiento íntimo de que vería realizados mis sueños dorados, en el momento en que ménos lo pensara y de un modo que no me era dado imaginarlo.

Efectivamente, no fué falaz mi presentimiento.

Cierta noche muy tenebrosa y fria en que contemplaba el cielo como de costumbre, con el cuerpo en la tierra más con el éter, sentí una angustia inmensa, sentí oprimírseme fuertemente el pecho y agolparse el llanto á mis ojos, al no columbrar como otras veces la diva celeste de mis ensueños, rodando en el espacio infinito, espléndida sonriente y despeñándose en cascadas de argentada luz sobre éste mísero planeta;—más de pronto, ví rasgarse el firmamento por una mano invisible y aparecer ante mis ojos deslumbrados, una maga celeste llena de esplendor y luz, que con voz estentorea é imperativa me dijo: « Oh tú mísero mortal, soñador sempiterno, sinfonista bataholero de música celeste, el más insensato entre los insensatos, sé que deliras por ver á Selene que en tus desvaríos la has supuesto espléndida, el foco de todas las magnificencias, el único Eden de todo el sistema planetario; bien, yo te transportaré á ella y te desengañarás por tus propios ojos, que verán convertirse el soñado Eden en un infierno, todas las magnificencias en cosas que merecerán solamente tu execración;—pero para concederte este privilegio que no he dispensado á ningun otro mortal, es necesario que ántes apures con completa fé, este brevaje preparado por mí, que al instante en que lo bebas, te verás en tu tan decantada Selene. »

Yo que aun no me habia repuesto del gran estupor y miedo que me habia infundido aquella súbita aparición, continué petrificado, con la respiración anhelante, con los ojos fijos en sus órbitas y la mirada tan vaga como la de un demente, sin poder articular una sola palabra;—pero mis manos movidas como por un resorte misterioso, asieron crispadas la copa que se me ofrecía y por otro movimiento automático, como si fuera un ser hipnotizado, llevaron el brevaje á mis labios que apuraron con la sed insaciable del febriciente, el licor amargo como la hiel hasta la última gota luego sentí un enervamiento intenso en todo el cuerpo y á los pocos minutos caí desfallecido, pesadamente al suelo.

No sé cuanto tiempo estuve bajo la in-

fluencia de aquel narcótico tan violento, ni el tiempo que duró mi soñada ascension de 94,000 leguas, si fui asido por los cabellos y arrastrado así por el espacio, ó si se me condujo en un ferro-carril invisible movido por algun fluido desconocido y mil veces más poderoso que la electricidad. — Cuando abrí los ojos, me encontré con sorpresa indecible y aterrorizado, rodeado por una multitud de hombrecillos contrahechos y deformes y armados de venablos y otras armas cuyo sistema me era desconocido, que me miraban con estupor y espanto, amenazando herirme al menor movimiento agresivo que hiciera. — Al principio, me creí preso de una alucinacion, no podia dar crédito á lo que veia, me restregaba con fuerza una y mil veces los ojos, como para ahuyentar las siniestras visiones de una horrible pesadilla; . . . pero era en vano, siempre veia lo mismo, no me cupo, pues, duda ninguna, de que verdaderamente me hallaba en el territorio Selenita y de que tenia sus genuinos aborígenes ante mi vista, aunque en actitud hostil y por consiguiente no muy dispuestos á dejarse estudiar.

Aquellos hombrecillos que tendrian los más espigados cuatro pies de estatura, gesticulaban grotescamente y hablaban un idioma desconocido, sin semejanza con ninguna lengua de la tierra, una especie de guirigay confuso, que no me era posible entender, señalándome con el dedo.

Comprendí que se me temia, tomándome tal vez por un fiero monstruo abortado por alguno de los innumerables volcanes de Selene, y traté de disuadirlos, elevando los ojos al cielo en ademán de alzar una plegaria, besando repetidas veces con simulado cariño aquel suelo, y muchas otras ceremonias risibles que se me ocurrieron en aquel momento para poder salir del trance amarguísimo en que me hallaba.

(Continuará.)

Ilusion encantadora

Á H. V.

Yermo sombrío de fatal desierto
Tornóse el mundo para el alma mia
Cuando en la ausencia mi desdicha impía
Cerró la tumba del primer amor;
¡Oh! desde entónces el placer ya muerto

Regué mi senda con amargo llanto
Sin hallar en la vida más encanto
Que el acibar funesto del dolor.

Volví á los cielos mis nublados ojos
Allí buscando la perdida calma
Que una ardiente pasion robára á mi alma
En los albores de la tierna edad;
Y ví tan solo los girones rojos
De las páginas tristes de mi historia
Que agitaba aun el viento de la gloria
En el cielo sin luz de la amistad.

Ceñí á mi frente el funeral sudario
Del fatídico genio de la muerte
Y execré con furor la infanda suerte
Que á vivir sin amar me condenó;
Y ví en el orbe aterrador osario
Poblado de fantasmas pavorosos
Que lanzaban gemidos dolorosos
Desgarrando mi herido corazon.

Mas luego, entre el rumor de impía balumba
Escuché de tu voz el blando acento
Que espiraba cual lánguido lamento
Del espacio en la vasta soledad;
Y cual yerto cadáver de la tumba
Tornó á la vida ya mi pecho inerte;
Porque puede el amor más que la muerte
Cuando brota al calor de tu amistad.

Desde ese instante contemplé sin velo
El fúlgido horizonte de la vida
Y el tormento de mi alma dolorida
Convirtiósese en deliquios de placer;
Alcé mi pupila hasta el azul del cielo
Para leer en los astros mi destino
Y alfombrado de estrellas ví el camino
Que conduce á gozar del padecer.

Tu imágen admiré en el bello espejo
Del límpido y tranquilo firmamento,
Palpitaba tu pecho de contento
Y de tu alma exhalabas suave ardor;
De tus sienes el pálido reflejo
Hirió repente mis marchitos ojos.
Y fiñóse mi faz con los sonrojos
De la púrpura ardiente del amor.

Tal vez rapto de gloria y de ventura
A mi mente aterida fué ese ensueño
Y adormecida por letal beleño
Me lancé tras miraje encantador;
Mas, tornóse en acibar la dulzura,
Al pesado rigor del desencanto

Y estinguieron mis ojos con su llanto
Los ardores del fuego abrasador.

¿Por qué el hado nefando me condena
La amargura á libar del desengaño
Si es tan bello vivir de un dulce engaño
En la atmósfera densa del pesar? . . .
Y ¡qué grata es, querido, la calena
Que sujeta con áureos eslabones
La pasión de dos tiernos corazones
A la pura fruición de la amistad!

Si ansías aspirar el blando aliento
Del aura que embalsama la existencia,
Bebe en mis labios la fragrantó esencia
Que atesora en su cáliz esa flor;
Y en el libro inmortal del pensamiento
Los fastos grabaré de hermosa historia,
Renovando tranquilo en mi memoria
El recuerdo feliz de nuestro amor.

Ormesinda.

Palmas y Ombúes

Acaba de darse á la publicidad, por la casa de A. Barreiro y Ramos, la valiosa colección de poesías del Dr. D. Alejandro Magariños Cervantes, titulada con las palabras que nos sirven de epigrafe.

No vamos á recomendar aquí el mérito de ese libro, porque la mejor recomendación que pudiera dársele, ya la tiene. Le basta su firma al autor de *Celiar* y *Carumurú*, para que cualquiera de sus escritos sea recibido en el mundo de las letras con el justo favor de las obras de mérito.

Lo que si queremos manifestar es el placer que nos ha proporcionado el doctor Magariños, insertando, en la referida colección, algunas de sus poesías, que nos eran completamente desconocidas. En el número de estas, se encuentra la carta titulada *Saudades*, y la poesía *A Adelaidu*.

Anunciar la salida del libro, y consignar lo que exponemos más arriba es lo único que nos movió á tomar la pluma; pero ya que la tenemos en la mano, no la hemos de abandonar sin hacerle decir ántes cuatro cosas que son muy del caso.

Las composiciones nutridas de belleza que encierra el volúmen, revelan al espíritu más ciego que, tanto por el pensamiento y la expresión, como por su originalidad y facundia, Magariños Cervantes es quien

ocupa el primar puesto entre los literatos Uruguayos.

Para demostrar esto, mejor que con nuestra humilde prosa, vamos á hacer algunas transcripciones de los brillantes versos con que el cantor de la Moderna Troya ha formado el libro de que venimos hablando.

Abramos el tomo.

Las estrofas tercera y cuarta del proemio, en que se compara el término del día con el de la vida, no pueden ser más bellas. Oigámosle:

La sombra lenta avanza . . . el horizonte
Palidece con súbito desmayo
Y en la sien melancólica del monte
Se quiebra sin calor su último rayo.

Con la luz del crepúsculo indecisa
Todo cambia, se altera y descolora,
Como se amústia todo, y se divisa
Sombrio en la vejez abrumadora.

En la misma composición, algunos cuartetos más adelante, se encuentran estas interrogaciones, dignas de la pluma de Arolas:

Si átomos son los orbes siderales
Con todas sus grandezas y esplendores,
¿Qué somos ay! los míseros mortales
De este ruin globulillo habitantes?

¿Nubecilla que el céfiro deshace?
¿Mixto animado que el ambiente abrasa?
¿Mosca luciente que del fango nace?
¿Sombra que leve por el agua pasa?

¿Un día llegará — ¡día tremendo!
En que agotado su vigor gigante,
Los apagados soles con estruendo
Saltarán de sus ejes de diamante?

Entre las estancias que terminan esta poesía, se encuentran las siguientes, que no puedo resistir á la tentación de copiar:

Arriba, corazones!
La vida poco vale
Si en indignas prisiones
Perdemos, raza espúrea
Valor, virtud y fé:
El despotismo, el vicio,

El desaliento, el tedio,
En hondo precipicio
Sobre las frentes réprobas
Estamparán el pié.

Soy mísero gusano
Pero en mi pecho bulle
De un Dios el soberano
Aliento que titánicas
Alas al hombre dá;
Y un rayo de la llama
Del luminar eterno
Mi pensamiento inflama,
Y el ideal — su imágen —
En mi cerebro está.

En la poesía titulada *Aroma*, se encuentran estos versos, cuyo mérito quiero que aprecie el lector:

Lo que más escondido y más sublime
Guarda en su pecho el hombre,
Lo que no tiene nombre,
Deja escapar al choque del dolor.
Y comprende, sufriendo, la existencia
El triunfo y la agonía
El llanto y la alegría
El infierno, la Gloria, el Hacedor!
Hasta que el viento helado de la muerte
Oréa su frente, y quema
La espinosa diadema
Que ciñera en la humana esclavitud.
Y en brazos de la fama arroja un nombre
Que el tiempo no consume,
Como inmortal perfume
Del genio, de la ciencia ó la virtud!

En el poema titulado *Querer es poder* hay estrofas más robustas que las del atrevido cantor del Prometeo. La primera octava de la Invocacion es sublime. Cuando la leemos nos parece que Magariños al escribirla preveía que habíamos de tener á Zorrilla de San Martín, al poeta y orador de la arrogante palabra. Esa estrofa parece escrita para ser enunciada por sus labios. — Escuchadla:

Atrás! bellos fantasmas seductores
Qué me tendéis los brazos anhelantes!
Atrás! placeres, ilusion, amores,
Dichas que vierten áuras enervantes!
Venga ceñido de inmortales flores
El laud de bronce que pulsára ántes,
Y en vez de idilios, magestuoso vibre
Un canto varonil digno del libre!

El mismo poema, en el canto titulado *La Defensa*, tiene partes de muy subido mérito. Voy á transcribir dos estancias; pero no las voy á tomar del tomo „Palmas y Ombúes“ en que están corregidos los dos versos que limitan la primera, sino del folleto en que fueron publicadas en 1867, porque allí se encuentran, á mi juicio, doblemente mejor. — Hélas aquí:

Montevideo encerraba
Hombres de genio y firmeza,
De indomable fortaleza,
De robusto corazón;
Hombres que revela y alza
La tempestad de repente
Para luchar frente á frente
Con el deshecho águila.

De esos hombres que no abaten
Los reveses de la suerte,
Que prefieren dura muerte
A servil esclavitud;
Y que en medio el desaliento
Cuando todo palidece,
En sus ojos resplandece
Del patriotismo la luz.

En la poesía *A Adelaida*, á que me referí al principio, se hallan estas tres octavas, que, en su género, son de lo mejor:

Sí, yo te adoro... mi única esperanza,
Mi ilusion, mi delicia, mi ventura!
Tú eres la estrella cuya lumbre pura
Me guiará con su mágico fulgor.
Y al darte entre sollozos mi postrero
Adios que el labio á pronunciar no acierta,
El alma mía de dolor cubierta
Quiere en tus brazos respirar de amor.

Ven ¡oh mi cielo! tus rosados labios
Pon en mis labios que despiden fuego,
Y con delirio celestial y ciego
Dáme á beber tu aliento embriagador!
Y otra vez y otra vez sienta tu pecho
Latiendo apresurado bajo el mío,
Y los dos con amante desvarío
Repitiendo á la par: muero de amor!

¡Empeño inútil! ¡ilusion mentida!
Ya luce precursor de la mañana
El crepúsculo, y desde tu ventana
Se vé el mar y se escucha su rumor.
Es fuerza separarnos, y aunque siento
Algo que el corazón me hace pedazos,
No, no mata el placer cuando en tus brazos
Hoy no he podido sucumbir de amor!

Pero es preciso que terminemos con nuestras transcripciones, y no echemos en olvido el móvil que nos guió; porque si fuéramos á trasladar aquí todas las bellezas de las „Palmas y Ombúes“ seria cosa de no terminar.

Dos palabras más.

Si en presencia del tomo que acabamos de hojear se puede decir tanto del poeta Magariños Cervantes, ¿qué no se podrá decir de la colección de sus numerosas y variadas obras en las que se han empleado todas las formas del pensamiento y de la palabra?

Con la publicación de libros como el del Dr. Magariños, no solo se enriquecen las letras Uruguayas, sino también la literatura americana.

Reciba en estas líneas el autor de „Palmas y Ombúes“ nuestra más sincera y expresiva felicitación.

Pedro Ximenez Pozzolo.

Nuestras vidas

Cruzando la extensión de una llanura
Vi elevarse una palma solitaria,
Sus hojas amarillas parecían
Que en su idioma sin voces sollozaban.

Y clavando después en el desierto
Atenta, escrutadora la mirada,
Noté que en la extensión del horizonte
Otra palma su copa no elevaba.

Entonces murmuré con desconsuelo:
Si así vive una palma solitaria
¿Cómo quieres que viva en este mundo
Mi vida de tu vida separada?

Miguel F. Rodríguez.

Horas de delirio

(CONCLUSION)

III

Repito, tuve miedo, cuando me ví solo al lado de aquella mujer que tan singular advertencia me hacía. Le ofrecí mi brazo. . . y lo que la dije no podría repetirlo fielmente. Los que han querido, pregunten á su corazón las palabras que murmuraron inconscientemente los labios enrojecidos,

cuando concurren, ilusos adolescentes, á la primera cita al pié de la verde reja á los rayos trémulos de la luna; — traten de recordar aquellas frases y verán que no pueden escribirse ni repetirse porque son vibraciones de las fibras más íntimas del alma y solo pueden oírse y apreciarse por otra alma hermana.

Entonces hablaba con todo el vigor de las ilusiones que despiertan tendiendo sus blancas y delicadas alas á la primera ráfaga de esperanza, porque había cruzado por el mundo sin haber encontrado en mi camino el ángel que sonriendo me acogiera á sus brazos y confortara mi espíritu en las rudas y desesperadas batallas de la existencia!

Aun no había iluminado mi alma la mujer soñada en mis horas de fé, como la encarnación de los altísimos ideales; — mujer cuyo corazón como volcán encendido llevara en su seno el fuego de aquellas pasiones violentas é inextinguibles para cuya satisfacción es corto término la vida humana, — ser que muere si no ama, si no encuentra un ídolo á quien levantar un altar en su pensamiento y adorarlo de rodillas como á Dios!

¡Amar y ser amado! — Beber en una mirada profunda y atrayente como el abismo el néctar delicioso de la felicidad que hace paraísos de todas las desgracias y nos infunde un vigor sobrenatural para acometer las empresas más grandes y satisfacer las aspiraciones más infinitas!

Lo que creía un sueño y como tal mentida ilusión de un cerebro febriciente, sombra impalpable como un imposible, — iba á tornarse realidad! — Recien iba á conocer la vida, que aquel que no ha amado, no ha vivido!

Habríamos caminado cinco minutos, largos como cinco siglos, cuando mi misteriosa compañera se detuvo ante la puerta de una casa de modesto exterior, separándose de mi lado con dulzura.

Eso equivalía claramente á una despedida. . . y mis aspiraciones, mis sueños, todo caía al mismo tiempo. . . no, no era posible!

Rogué con ternura y la hermosa morena persistió en que la abandonará recordándome con temor las consecuencias de ese paso; — renové mis súplicas, con ardor

--y entonces, como quien toma una resolución, obedeciendo á un impulso irresistible --acompañando la acción con un gesto de conformidad abrió con sigilo aquella puerta, cerrándola enseguida sin hacer el menor ruido, -- y murmurando en mi oído guardára el más perfecto silencio.

Atravesamos un zaguán oscuro, el cual daba acceso á un patio extenso, lleno de macetas con plantas que impresionaban agradablemente el olfato, y con idénticas precauciones franqueó la entrada de una habitación alumbrada escasamente por una lámpara que á media luz ardía sobre una cómoda.

Una vez en su interior, acompañando su palabra con un gesto provocativo y lanzándome una mirada brillante como lumbré de estrellas, me dijo en voz baja:

--Voy á dejarlo solo, pero será por breves instantes, -- sobre aquella mesa hay algunos libros, --lea mientras vuelvo.

Y dejándome asombrado con tan inesperada ausencia, salió de la habitación, cerrándola por fuera y sacando la llave.

No hubiera tenido tiempo de detenerla, aún cuando así lo hubiera pensado, y reflexionando en mi situación, traté de examinar la pieza en que me encontraba.

Era mi improvisada prisión bien espaciosa y se hallaba amueblada con gusto, elegancia y riqueza á la vez.

Hacia el fondo, en la semi-oscuridad producida por lo mezquino de la iluminación y cubierta por blancos y largos cortinajes, se destacaba una magnífica otomana; --cerca de la puerta un lavatorio de nogal y mármol, --recostado á una de las paredes laterales un ropero de espejo, y haciéndole *pendant* una cómoda alta. Llenaban la habitación un par de sofáés, algunos sillones y sillas.

Efectivamente sobre el velador alcancé á ver algunos libros, --pero no era posible que me dedicára tranquilamente á la lectura porque mi atención y mis sentidos estaban en otra parte.

Hundíme en un sillón, sumerjé mi cabeza entre las manos, apoyé mis codos en las rodillas y dejé ir el pensamiento abandonado á sí mismo, como aquellas aves que se dejan deslizar suavemente sobre los aires con las alas estendidas é inmóviles.

Así permanecí hasta que me sacó de ese éxtasis celestial, un ruido confuso que ve-

nía del pátio. Es ella! pensé -- es ella que viene cariñosa á calmar mis anhelos y á disipar mis inquietudes con el tesoro de su alma meridional, -- y ya preparábame para abrirle mis brazos, cuando una sospecha brotó en mi cerebro.

Acababa de oír rumor de voces, nó de mujer, por desgracia, sinó de hombres, que al parecer celebraban siniestro conciliábulo muy cerca de la puerta.

Presté toda mi atención y un momento llegaron á mí suficientemente claras estas ó semejantes palabras:

--A este le haremos como al otro. Es preciso que tampoco pueda contar lo que ha visto.

--Convenido, -- contestó otra voz.

Era evidente que se trataba de una vida y ante el peligro surgió como siempre poderoso el instinto de conservación, aumentado por el deseo de vengar la felonía de que era víctima.

Pensé en mi salvación, mas ni aún me quedaba el consuelo de morir vendiendo cara mi sangre, porque no traía conmigo arma alguna.

Ah! cuánto hubiera dado por conservar pendiente del costado mi vieja toledana, mi fiel compañera, que iba á faltarme cuando mas la necesitaba.

--Abra la puerta! --gritó una voz ruda en el exterior, --no tenga miedo!

No contesté. Un ruido de impotencia salió de un pecho, envuelto en una maldición; --recorrí mi encierro como león enjaulado que llora rugiendo la libertad perdida, --mi vista lo registró con la rapidez del relámpago, buscando algo que me ayudára en mi empresa, --más todo era en vano, --estaba á merced de mis enemigos!

Abra la puerta! repitió la misma voz --y en seguida noté que la puerta se movía sacudida por poderosa embestida. Un minuto más y estarían á mi lado. . . .

No había tiempo que perder; de un soplo apagué la luz vacilante de la lámpara; reinó dentro la oscuridad mas profunda, y separando el cortinaje deslicéme sin hacer el menor ruido debajo de la otomana. . . .

Cuatro hombres armados entraron en la pieza con precaución y empezaron á registrarla minuciosamente.

Estaba perdido irremisiblemente. -- Un sudor frío bañó mi frente. . . . iba á morir cuando más motivos tenía para amar y

desear la vida; aún me sonreía la juventud:—el porvenir me llamaba y allá á lo lejos el recuerdo de un hogar donde quedaban abandonados á los vaivenes de la fortuna seres queridos de mi corazón.....!

En uno de los movimientos febriles que hize, tropezaron mis manos con un objeto inerte y frío.

Lo palpé ligeramente y pude asegurarme con horror que estaba al lado de un cadáver, que tal vez en vida pagó antes que yo tributo á su irreflexión.

Al retirar la mano con repugnancia, sin más esperanza que un milagro imposible, la providencia puso á mi alcance un agudo y filoso puñal que aquel cadáver tenía clavado en el corazón.

Entonces un estremecimiento de alegría recorrió todo mi cuerpo, mi fibra decaída se sintió con vigor incontrastable, la embriaguez de la sangre subió á mi cerebro, —y saliendo sigilosamente de mi escondite coloquéme detrás de uno de mis agresores que registraba encorvado debajo de un sofá, —blandí nerviosamente mi brazo armado y ya iba á descargar el golpe fatal . . . cuando desperté.

Estaba soñando.

J. A. F.

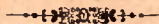


Luz

Para hacer dilatar sobre los mundos
La poderosa luz de la creación,
Fué preciso al aliento de la vida,
La voluntad de Dios.

Para hacer dilatar dentro del alma
La dulce luz que enciende al corazón
Fué necesario el mágico destello
De la luz de tu amor.

Manrique.



La más dulce armonía

Al escuchar el armonioso trino,
Del pardo ruiseñor de la espesura,
Me dijistes:—;Qué acento tan divino,
Qué impregnado de amor y de ternura!

Y yo dije, al sentir la melodía
Inefable brotar en tu garganta:
—El son de tu palabra, vida mía,
Más que ese trino con su amor me encanta.

Pedro Ximénez Pozzolo.

Germinal

(CONTINUACION)

De vez en cuando se descubren los rastros de su paso, sube al cadalso un grupo de afiliados, pero la asociación continúa impenetrable envuelta en el manto del misterio.

Souveraine, había ocupado su puesto en el combate. Fracasada la empresa de hacer volar el tren que conducía al Czar vió llevar al suplicio á la mujer amada, sintió su debilidad en aquella eterna despedida y se divorció desde entonces con el individuo para consagrarse á la humanidad. Obrero del porvenir, sacrificaba al presente en su provecho. Llevar su grano de arena al edificio de la redención futuro, tal era su idea; el éxito, su esperanza; la satisfacción del deber cumplido, su único premio. No tiene ambición ni le deslumbra la vanagloria de la fama de su nombre. Cuando Lantier deja traslucir el íntimo deseo de sobresalir sobre la multitud, de escuchar en más vasto escenario el eco armonioso del aplauso, se vé flotar sobre sus labios una sonrisa de desprecio que condena la nota individual en el concierto de los intereses generales.

Lantier, alma esencialmente meridional, le contempla sin comprenderlo. Al verle aislado, refugiado en el estudio, fija siempre en el Norte la mirada sombría, comprende que la instrucción es al desarrollo de la sociedad lo que el calor al crecimiento de las plantas. Precipitadamente se lanza por esa senda para él desconocida — quiere también profundizar la llaga social para curarla y, deslumbrado en la primera etapa de la jornada al creer encontrar el remedio para mejorar la condición del obrero, no hace más que aumentar sus desgracias.

En el caos de su cerebro brota una chispa que se estiende con resplandores de incendio. En aquel hacinamiento de ideas mal digeridas, en aquella fermentación intelectual se producen vapores revolucionarios que le embriagan y ante sus ojos deslumbrados por la fiebre se presenta la visión del socialismo mostrándole como medio eficaz para la prosecución de sus fines, el recurso desesperado de la huelga.

(Continuará).